

CAPÍTULO IV.

Prendas del cardenal Aquaviva.—Cervantes en el palacio de este prelado.—Le abandona poco despues.— Abraza la carrera militar.—Opiniones sobre si se alistó por vez primera en las tropas españolas ó en las pontificias.—Aparece sirviendo en la compañía del capitan Urbina.—Pide Selim II á Venecia la isla de Chipre.—Se rechaza la petición.—Invaden los turcos aquella isla.—Socorren á la República el Papa y el Rey Católico.—Liga de los tres Estados.—Caudillos principales de los cristianos y de los turcos.—Batalla de Lepanto.—Cervantes combate y es herido en ella.—Recuerdos que dedica á esto en sus obras.—Premio mezquino con que le aventajaron.—Ingresa, curado ya de sus heridas, en el tercio de Figueroa.—Fin de la liga.—Expedicion contra Túnez.—Forma Cervantes parte de ella.—Desembarca en África.—Toma parte en las primeras operaciones.—Regresa á Sicilia con Don Juan de Austria.—Sus recuerdos de Nápoles.—Obtiene licencia y se embarca para regresar á España.—Asaltan la nave los piratas moros.—Inútil defensa.—Cervantes y sus compañeros cautivos y llevados á Argel.

JULIO Aquaviva y Aragon, hijo del duque de Atri, tenia con cortisima diferencia la misma edad que el jóven camarero que se llevó de España. Por sus talentos, antes que por su rango, obtuvo la púrpura cardenalicia á los veinticuatro años; y fué de condicion apacible, de trato exquisito, aficionado á las letras, y amigo, por lo tanto, de comunicar con aquellos que las cultivaban. *Mozo muy virtuoso y de muchas letras*, le llamaba Don Juan de Zúñiga, embajador de Felipe II en la córte romana. ¿Por qué, pues, á pesar de tan favorables precedentes, abandonó CERVANTES muy en breve el palacio de su protector? Allí tendria cátedra abierta á todas horas, y con su grande amor á la poesia disfrutaria con frecuencia el placer de oir los ecos, entonces resonantes, de aquellas liras que produjeron cantos tan bellos como los de *La Jerusalem libertada* y *Orlando el Furioso*. Desabrimiento no debió tener ninguno con el cardenal, porque, cuando le consagra su recuerdo, lo hace con el acento del afecto y la consideracion. Lo desairado de la condicion á que se veia reducido, como los mas suponen, no es una verdad en absoluto,

porque el puesto que él, jóven, pobre y desvalido, desempeñaba, solia ser solicitado con empeño, para sus propios hijos, por las familias mas distinguidas. Dígase de una vez que la expatriacion del adolescente poeta alcalaino encerraba algun triste misterio, y que, hallándose mal consigo mismo, no podia encontrarse bien en parte alguna; dígase que le condujo á Roma, antes que su propia voluntad, algun apremiante compromiso, y tal vez nos aproximemos mas á lo verdadero.

Por otra parte, no negaremos que un espíritu tan ardiente como debía ser el suyo, cuando el fuego de la juventud encendia sus pasiones, pudo muy bien ser una concausa que le arrastrara hácia el camino de los peligros y las aventuras. Ávido de emociones, con enojos que dar al olvido, y estimulado además en su reciente traslacion al encantado país de las pasiones exaltadas, de los guerreros, de los poetas y de los artistas por aquel movimiento entusiasta que impulsaba á la juventud de ánimo levantado á correr tras las difíciles huellas de la gloria, no es mucho que fuera seducido por esa irresistible ilusion de las almas superiores. CERVANTES deliró siempre por la inmortalidad, y la buscó primero en el fragor de los combates, como tantos otros mancebos españoles que abandonaban sin dolor la madre patria para ir á engrosar, en aquella otra península, las filas de los famosos tercios castellanos. Ese entusiasmo traspira en muchos pasajes de sus obras, y le hizo decir, en la última que trazó su inimitable pluma, *que no habia mejores soldados que los que se trasplantaban de la tierra de los estudios en los campos de la guerra, y que ninguno salió de estudiante para soldado, que no lo fuese por extremo; porque cuando se avienen y se juntan las fuerzas con el ingenio, y el ingenio con las fuerzas, hacen un compuesto milagroso, en quien Marte se alegra, la paz se sustenta, y la república se engrandece*. Por eso se desligó muy en breve, si bien con toda la gratitud de que era susceptible su alma generosa, de aquellos tranquilos lazos que le unian á su protector, para lanzarse decidido á los azares de la vida militar.

Sobre esa mudanza repentina, poco despues de su llegada á Roma, no hay discordancia alguna entre los autores; mas no sucede lo mismo en cuanto á si entró á servir primero bajo las banderas pontificias, ó sentó plaza desde luego en las filas españolas. Dió márgen á la diversidad de pareceres una aparente contradiccion en que, al decir de algunos, incurrió el propio CERVANTES. Dedicando al Sr. Ascanio Colona los seis libros de su *Galatea*, dice así, al impetrar su buen acogimiento: *Hágalo V. S. bueno á mi deseo, el cual envio delante para dar algun sér á este mi pequeño servicio; y si por esto no lo mereciere, merézcalo á lo menos por haber seguido algunos años las vencedoras banderas de aquel sol de la milicia*

*que ayer nos quitó el cielo delante de los ojos, pero no de la memoria de aquellos que procuran tenerla de cosas dinas della, que fué el Excelentísimo padre de V. S. I. Marco Antonio Colona, que es á quien alude aquí el autor, habia sido general de las galeras del Papa. Pero como despues, en el prólogo de las *Novelas ejemplares*, escribiese CERVANTES, haciendo su retrato con diestrisimo pincel, que perdió la mano izquierda de un arcabuzazo, *militando debajo de las vencedoras banderas del hijo del rayo de la guerra, Carlos V. de felice memoria*. Ríos y Pellicer dicen, para concertar ambos extremos, que, sirviendo á las órdenes de Colona, sirvió tambien á las de Don Juan de Austria, porque éste fué generalísimo de las tres escuadras aliadas, de Roma, España y Venecia, contra el Turco.*

El Sr. Navarrete se aviene mal con semejante explicacion; y, rebelándose contra la idea de que nuestro famoso ingenio se alistara en otras filas que no fueran las españolas, busca el apoyo de su opinion en un punto meramente filológico, es decir, en la significacion genuina de cada una de estas dos frases usadas por CERVANTES en los citados párrafos, argüidos de contradiccion: *seguir las banderas*, que emplea refiriéndose á las del general romano, ó *militar debajo de las banderas*, que usa aludiendo á las de Don Juan de Austria. Aquella, dice que no envuelve en su significado el alistamiento, como la segunda. Pero, con la vénia de autores tan respetables, todas esas interpretaciones parecennos ociosas por demás. Derivanse, en nuestro concepto, del empeño en aplicar los dos pasajes de CERVANTES á una misma fecha; á aquella en que el hijo natural de Carlos V ejercia el mando superior de las escuadras coligadas, mediados de 1571, pareciendo olvidar que CERVANTES era ya soldado antes de que aquel arribase á Italia.

Teniendo esto presente, lo que debe presumirse es que, en la dedicatoria, se referia ó al primer periodo de sus servicios ó al año 1572, en que volvió á servir bajo el mando de Colona: en el prólogo, ya vemos que se refiere á la batalla de Lepanto.

Ni hay razon para abrigar escrúpulos de cierta clase porque CERVANTES se alistara en las milicias del Papa. ¿Quién sabe si, temeroso por cualquiera causa de presentarse como fugitivo á los jefes españoles, se engancharia prevenidamente en la hueste pontificia, con la intencion de facilitar su entrada, una vez soldado, sin necesidad de tediosas revelaciones, en las tropas de su recién abandonada patria? Empero, de cualquiera modo que ello aconteciera, lo averiguado es que, en 1570, servia ya en la compañía del capitan Diego de Urbina, perteneciente al tercio del famoso guerrero Don Miguel de Moncada, y que no se hizo esperar largo tiempo la ocasion de acreditar su bizarria.